

UNA IGLESIA POBRE Y PARA LOS POBRES Y MEDELLÍN

Hno. Álvaro
Rodríguez Echeverría, FSC*

Resumen:

Medellín y la praxis pastoral del Papa Francisco son para nosotras/os un impulso para vivir en salida, atentos a las necesidades de los pobres y de nuestros pueblos. Una invitación a partir no de una teoría, unas normas, una doctrina, sino de las personas, de la realidad y del Evangelio. La pobreza de la Iglesia de *Medellín* y el deseo del Papa de una Iglesia pobre y para los pobres son una llamada a vivir una cultura del encuentro, siempre en salida hacia las periferias.

Con el Papa Francisco se nos ha hecho familiar la expresión, tantas veces repetida, de una Iglesia en *salida* y me parece que esta es la mejor imagen de lo que significó *Medellín* para la Iglesia latinoamericana. Se trató de un nuevo Pentecostés como el Vaticano II, ya que fue su relectura para nuestro continente. Me parecen muy adecuadas, a este propósito, las palabras del Papa Francisco en la fiesta de Pentecostés del 2014: *El día de Pentecostés, cuando los discípulos «quedaron llenos de Espíritu Santo», fue el bautismo de la Iglesia, que nació “en sali-*

* Hermano de La Salle, es costarricense e hizo su formación en Italia y España. En México obtuvo la Licenciatura en Filosofía. Durante 25 años trabajó en Guatemala durante los cuales fue Provincial de Centroamérica, presidente de la Conferencia de Religiosos de Guatemala (CONFREGUA) y vicepresidente de la CLAR. De 1993 a 2014 Fue Vicario General y Superior General de su congregación. Actualmente es el Rector de la Universidad de La Salle de San José, Costa Rica.

da”, en “*partida*” para anunciar a todos la Buena Noticia. Medellín fue también para nosotras/os un impulso para vivir en salida, en marcha, en camino, en éxodo, atentos a las necesidades de los pobres y de nuestros pueblos. Una invitación a partir no de una teoría, unas normas, una doctrina, sino de las personas, de la realidad y del Evangelio.

Medellín fue una invitación a la esperanza y a recomenzar con la fuerza de la Resurrección y con el dinamismo de Pentecostés que nos apremia a dejarnos regenerar por la fuerza del Espíritu, como los Apóstoles, para tener la misma disponibilidad y escuchar la voz del Espíritu con el mismo coraje que les permitió superar el miedo de abrir la puerta e ir al encuentro de las necesidades de sus contemporáneos. Se trataba de abrir las puertas pero también las ventanas para que entrara aire fresco, como Juan XXIII lo diría al anunciar el Vaticano II.

Los acontecimientos importantes, y Medellín lo fue sin duda, siempre generan, por una parte, estructuras, políticas y textos, y, por otra, un espíritu. Y ambas cosas influyen en la historia. Pero sin el espíritu, el acontecimien-

to pierde fuerza y se diluye. Más importante que los textos de Medellín, ciertamente de un alcance desgraciadamente todavía no logrado, es su espíritu de respeto, de diálogo, de libertad, de esperanza, de solidaridad, de compasión, de vuelta a Jesús, de Pueblo de Dios, de opción preferencial por los pobres... Hoy, posiblemente, no nos acordemos de muchos de sus textos, pero sería lamentable haber perdido su espíritu. Estamos en el dominio de lo esencial. Las urgencias del mundo, de la Iglesia, de nuestros pueblos, la situación de la Vida Consagrada, los problemas de violencia, de corrupción, de narcotráfico, el cambio de paradigmas que hoy vivimos, las nuevas pobreza, las necesidades de los jóvenes, la pérdida de confianza en la política, la discriminación, la trata de personas, la migración, los feminicidios, la niñez maltratada... no nos permiten quedarnos en lo accidental, ni perder el tiempo en lo secundario.

Cincuenta años después de Medellín, este maravilloso empuje ha sido retomado por las actitudes pastorales del Papa Francisco que nos recuerda que no podemos encerrarnos en el pasado y vivir de espaldas a las realidades

de hoy. Ciertamente, debemos descubrir y ser fieles a nuestras raíces. Pero al mismo tiempo debemos hacer un esfuerzo semejante para desarrollar nuestras “antenas” y responder con creatividad a los problemas nuevos que hoy enfrentamos como lo hizo Medellín en su momento. Tampoco debemos cerrarnos en nosotras/os mismas/os y en nuestros problemas, sino mirar hacia delante, para *estar atentos a las necesidades del mundo*. Y esto sin tener miedo, alentados por las palabras del Papa Francisco: *Preferir una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades* (E.G. 49).

No debemos olvidar la llamada del Papa Francisco a estar en salida, a tocar la carne de Cristo en los pobres, a inspirarnos en una cultura del encuentro, a no tener miedo de la ternura y cercanía, a ser sacramento del rostro misericordioso de Dios, a ir a las periferias existenciales y geográficas... Se trata realmente de un verdadero movimiento exodal que nos desinstala, ciertamente, pero

que nos abre nuevos horizontes y nos muestra un futuro esperanzador. *En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12, 1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: «Ve, yo te envío» (Ex 3, 10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3, 17). A Jeremías le dijo: «Adondequiera que yo te envíe irás» (Jr 1, 7). Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todas/os somos llamadas/os a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todas/os somos invitadas/os a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.* (E.G. 20). Hace 50 años Medellín nos había hecho la misma llamada que nos llevó a vivir experiencias de compromiso y entrega, que nos acercó al mundo de los pobres, que hizo nacer experiencias de Vida Consagrada inserta en los medios populares.

1. La pobreza de la Iglesia

El Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria. Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte... (Medellín 14, 1,2)

El tema de la pobreza es recurrente en el documento de Medellín y es un eco seguramente de la orientación querida para la Iglesia por el papa Juan XXIII. Y quisiera partir de un momento inolvidable que posiblemente los que vivimos aquellos años no hemos olvidado. En la noche del 11 de octubre de 1962, ocho meses antes de su muerte, el día de la apertura del Vaticano II miles de personas se concentraron en la inmensa plaza de San Pedro con velas encendidas. Juan XXIII, cansado pero feliz, se asomó al balcón. Era una noche de luna llena y el Papa al dirigirse a la multitud dijo: *Se diría que incluso la luna se ha apresurado esta tarde. Mírenla allá arriba cómo contempla este espectáculo. Hoy es una gran*

jornada de paz. Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad. Hay que repetir muchas veces este augurio. Sobre todo cuando podemos notar que verdaderamente el rayo y la dulzura del Señor nos unen y nos toman. He aquí una prueba anticipada de lo que siempre tendría que ser la vida, la de todos los días, y de la vida que nos espera para la eternidad. Continuemos amándonos así...

Después de dar la bendición, en palabras que han sido recordadas como uno de los textos más conmovedores de todos los pontificados concluyó: *Cuando vuelvan a casa se encontrarán con los niños. Acarícienles y díganles: ésta es la caricia del Papa. Quizás encontrarán alguna lágrima por enjugar. Tengan para quien sufre una palabra de consuelo. Que sepan los afligidos que el Papa está con sus hijos especialmente en las horas de tristeza y amargura. Recordemos todas/os, sobre todo, el vínculo de la caridad y, cantando, o suspirando, o llorando, pero siempre llenos de confianza en el Cristo que nos ayuda y nos escucha, continuemos serenos y confiados por nuestro camino.* Ese mismo día en un radiomensaje el Papa había afirmado rotundamente “Para los países subdesarrolla-

dos la Iglesia se presenta como es y cómo quiere ser, como Iglesia de todas/os, en particular como la Iglesia de los pobres”... (AAS 54 (1962) 678; Discorsi-Messaggi-Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII, vol. IV, pp. 520-528). Palabras que anticipan las del Papa Francisco al inicio de su ministerio petrino: ¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres! (16 de marzo de 2013).

Si bien, es cierto que, el papa Juan XXIII había manifestado el deseo de una Iglesia para los pobres, el Concilio fue sumamente discreto con este tema evangélico. Pero hay un texto central que se inspira en el Señor Jesús y en su praxis: *Cristo fue enviado por el Padre “a traer la buena nueva a los pobres (...) a sanar los corazones destrozados” (Lc 4, 18) (...) La Iglesia, igualmente, envuelve con afecto a todas/os los afligidos por la debilidad humana, más aun, sabe reconocer en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y sufriente, se esfuerza por aligerar la indigencia y quiere servir en ellos a Cristo (LG 8).* Esta centralidad cristológica de la opción por los pobres fue reconfirmada en el documento de Aparecida, en el que sabemos el Papa Francisco,

como cardenal Bergoglio tuvo un protagonismo muy importante. En el discurso de inauguración de la Asamblea el papa Benedicto XVI afirmó categóricamente: *la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica, y el documento nos dice: El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente en ellos y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino (257).* Y con mucha fuerza Aparecida afirma: *todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres, y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo (393).* Nuestro Fundador San Juan Bautista de La Salle ya nos decía en una de sus meditaciones que cuanto más amemos a los pobres más perteneceremos a Jesucristo (Cf. Med. 173,1).

Como podemos recordar, hubo un grupo de padres conciliares que posiblemente sintiendo la cortedad del Concilio en este punto, señalada entre otros por el

Cardenal Lercaro, se reunieron en la Catacumba de Santa Domitila, el 16 de noviembre de 1965 y al final de la Eucaristía firmaron el llamado “*Pacto de las Catacumbas*”. Se trataba de un compromiso y una invitación a ser fieles al espíritu de Jesús y a ser una Iglesia servidora y pobre, rechazando los símbolos o privilegios de poder y poniendo a los pobres en el centro de su servicio pastoral. Firmaron un buen número de obispos latinoamericanos sobre todo brasileños y uno de los promotores fue Dom Helder Cámara. Este testimonio evangélico me imagino fue muy inspirador para los Obispos latinoamericanos reunidos tres años después en Medellín y lo sigue siendo para nosotras/os consagradas y consagrados que queremos hacer del Evangelio, nuestra primera Regla.

Como lo expresa muy bien el teólogo venezolano Rafael Luciani: *La gran novedad eclesial de Medellín fue haber explicitado que la Iglesia deba asumir su responsabilidad histórica con voz propia en la sociedad y con una propuesta de sentido para los pobres y marginados. Se imponía ir hacia una Iglesia que tratara a*

los demás como sujetos responsables en ese mismo camino, asumiendo el lugar de la realidad popular como instancia de revelación de Dios; una Iglesia que no solo cargara y llevara a los pobres, sino que fuera cargada y evangelizada por ellos (La opción por los pobres desde una Iglesia pobre y para los pobres (Revista Medellín 168, Mayo-Agosto 2017, p. 357).

Para Medellín la opción por los pobres es un criterio de autenticidad evangélica y la reflexión que nos hace el Papa Francisco va también en esta dirección: *Cuando San Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir «si corría o había corrido en vano» (Ga 2, 2), el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se olvidara de los pobres (cf. Ga 2, 10). Este gran criterio, para que las comunidades paulinas no se dejaran devorar por el estilo de vida individualista de los paganos, tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotras/os, pero hay un signo que no debe faltar*

jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad des-carta y desecha (E.G. 195).

2. Una Iglesia pobre y para los pobres

Durante su visita a Medellín, el 9 de septiembre del 2017, el Papa Francisco recordó la metodología del documento de Medellín e invitó a los colombianos, a la luz también de Aparecida, a ser discípulos que sepan ver, juzgar y actuar como lo proponía la metodología de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana: *Discípulos misioneros que saben ver, sin miopías heredadas; que examinan la realidad desde los ojos y el corazón de Jesús, y desde ahí, juzgan. Y que arriesgan, que actúan, que se comprometen.* Ver la realidad con los ojos y el corazón de Dios, era a lo que también nos invitaba en la *Evangelii Gaudium*: *El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo “se hizo pobre” (2 Co 8, 9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotras/os a través del “sí” de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio (EG 197).*

La salvación ha sido definida como misterio de pobreza, como lo podemos ver en María y como nos lo recordaba Medellín: *Cristo nuestro Salvador, no sólo amó a los pobres, sino que “siendo rico se hizo pobre”, vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres (Medellín 14,1).* Y sabemos que la kénosis de Jesús es la manifestación más maravillosa de su omnipotencia y de su misericordia.

El Papa Francisco reafirma con fuerza lo dicho por Medellín: *Podríamos pensar que este “camino” de la pobreza fue el de Jesús, mientras que nosotras/os, que venimos después de Él, podemos salvar el mundo con los medios humanos adecuados. No es así. En toda época y en todo lugar, Dios sigue salvando a los hombres y salvando el mundo mediante la pobreza de Cristo, el cual se hace pobre en los Sacramentos, en la Palabra y en su Iglesia, que es un pueblo de pobres. La riqueza de Dios no puede pasar a través de nuestra riqueza, sino siempre y solamente a través de nuestra pobreza, personal y comunitaria, animada por el Espíritu de Cristo (Mensaje de Cuaresma 2014).*

Los pobres nos descubren el poder de Dios en nuestra debilidad y nos permiten vivir con mayor autenticidad nuestra pobreza ontológica y existencial. La pobreza nos debe llevar a ver todo desde la perspectiva de Dios y desde la originaria gratuidad divina. *No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo vocación para seguir a Jesús pobre. Es un caminar detrás de Él y con Él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. Mt 5,3; Lc 6, 20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. (Mensaje Del Santo Padre Francisco I Jornada Mundial De Los Pobres).*

En un continente como el nuestro marcado por las desigualdades y en el que la pobreza afecta a 175 millones de personas según los últimos datos de la CEPAL, en la línea marcada por Medellín hace 50 años y asumida hoy por el Papa Francisco, estamos in-

vitados a optar por la cultura del encuentro y a salir de nosotras/os mismas/os y de nuestras comodidades para ir con decisión a las periferias existenciales y geográficas de nuestros hermanos y hermanas. En ambas opciones los pobres ocupan el centro, como lo ocuparon en el discurso programático de Jesús en Nazaret (Lc. 4, 18-20).

La cultura del encuentro se opone a la cultura del descarte. Todos tienen cabida y sobre todo los pobres y más vulnerables. Se trata de una verdadera pasión que nos hace caminar juntos, construir puentes, buscar la paz y la justicia, ideales presentes tanto en Medellín como en la práctica pastoral y el magisterio del Papa Francisco: *Cada uno de nosotras/os está llamada/o a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros. Dialogar, encontrarnos para instaurar en el mundo la cultura del diálogo, la cultura del encuentro (Encuentro con la comunidad de San Egidio, 30 de septiembre 2013). Una cultura ya soñada por nuestros pueblos originarios: Que todas/os se levanten, que nadie quede atrás,*

que no seamos uno ni dos de nosotros, sino todas/os (Popol Vuh).

Las periferias son para el Papa un criterio hermenéutico y una invitación a la Iglesia para salir de sí misma... En el encuentro con los Superiores Generales de la USG, en el que tuve la suerte de participar, el Papa afirmaba: *Yo estoy convencido de una cosa: los grandes cambios de la historia se han realizado cuando la realidad se ha visto no desde el centro, sino desde la periferia. Es una cuestión hermenéutica: se comprende la realidad solamente si se la mira desde la periferia, y no si nuestra mirada se pone en un centro equidistante de todo... Por lo tanto, no sirve estar en el centro de una esfera. Para entender, nos debemos descolocar, ver la realidad desde más puntos de vista diferentes* (A. Spadaro, «Svegliate il mondo!», *Colloqui di papa Francesco con i Superiori Generali*, en *La Civiltà Cattolica*, 165/1 (2014) pp. 5-6). Sin duda esto nos recuerda las periferias que el Papa compartía con sus hermanos cardenales en el pre-cónclave, éstas son: *las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.*

Conclusión

¿Cuál es el mensaje de *Medellín* y de las prácticas pastorales del Papa Francisco para nosotras/os consagradas y consagrados? Si la salvación es misterio de pobreza y si los pobres son un lugar teológico privilegiado para encontrar al Señor Jesús, la Vida Consagrada, como nos lo transmitieron nuestras/os fundadoras y fundadores, nos manifiesta que seguir a Jesús no se hace en la pura interioridad, sino en la historia, a la manera de Jesús. Como decía Moltman, el camino de Jesús describe un movimiento descendente y desemboca en la historia doliente de la humanidad. (*El camino de Jesucristo. Una cristología en dimensiones mesiánicas*, Sígueme, Salamanca 1993). Seguir a Jesús es proseguir su vida y su causa, es tener los mismos sentimientos que Él tuvo (*Fil.2, 5*). Su pobreza se tradujo en afecto, compromiso y entrega incondicional. Si queremos vivir una pobreza encarnada como la de Jesús, es necesario entrar en un compromiso por la justicia, de las inmensas mayorías empobrecidas económicamente y ofendidas en su dignidad. *Medellín* y el Papa Francisco nos lo siguen recordando. Y no debemos olvidar la realidad que hoy vivi-

mos y que el Papa Francisco nos describe muy bien en la *Evangelii Gaudium*: *Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”* (EG 53).

En síntesis lo que nos piden Medellín y el Papa Francisco es una Vida Consagrada pobre y para los pobres, con un modo cercano y una cultura del encuentro, con olor a oveja, sin miedo ni de la bondad ni de la ternura, constructora de puentes y no de muros, de puertas abiertas y no una aduana, muy parecida a un hospital de campaña, siempre en sali-

da hacia las periferias; una Vida Consagrada en la que sus responsables sean más pastores que “managers”. En una palabra una vida evangélica, como la que nos proponía Monseñor Romero cuando nos aconsejaba con su enorme sabiduría pastoral: *tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en la tierra, pero el corazón bien lleno de Evangelio y de Dios*, convencidos como él de que *la mayor gloria de Dios es que los pobres vivan*. La Jornada mundial de los pobres instituida por el Papa Francisco será un recuerdo anual que nos ayude a vencer la dificultad señalada por Tagore:

*Mi corazón no sabe encontrar tu senda,
la senda de los solidarios,
por donde Tú vas entre los más pobres,
los más humildes y perdidos.*
(Ofrenda lírica nº 10).